

HABLANDO DE CRÉMER

Cuentan los narradores más veraces que allá por los años cuarenta, en cualquier tertulia, merienda o sarao de la ciudad de León se hablaba, invariablemente, de fútbol y de toros; y de Crémer. En la década de los cincuenta, de coches utilitarios y de Crémer. Tiempo después, con la institución de las cenas de matrimonios, los matrimonios burgueses hablaban del esquí y de las residencias secundarias, y por supuesto de Crémer. En los años pingües del desarrollo, los «barones» de las finanzas que iban a inventar un Banco o una fábrica de ovoides hablaban de sus acciones entre el pase de canapés y el coñac de la sobremesa en comedor privado, de sus previsibles dividendos hablaban, y de a ver qué diría Crémer... Todo esto, naturalmente, sin contar la afición del personal de a pie, que a lo largo de los lustros viene hablando del precio del pan, de los pelotoneros del domingo, de la pensión de los jubilados... o sea de Crémer, porque Crémer le habla al personal todos los días en los papeles y por la radio. Con una voz -que decía una vecina mía cuando yo viví en Santiesteban y Osorio-, «mismamente como si ese señor Crémer estuviera sentado aquí con nosotros en la cocina».

Es verdad que de Crémer se habla también en la sabia Salamanca y en los cursos de la Rábida o de Santander; en la University of California y en el Japón y en la Sorbona de París. Pero esas son elucidaciones a un poeta universal, materia de los investigadores de la literatura que, ciertamente, venían a buscar en Puertamoneda y todavía siguen buscando las claves de la poesía cremeriana. Por eso lo que uno quisiera ver, ahora y aquí, cuando andamos en el justo y necesario jubileo leonés de Crémer, es una vertebrada tesis sobre este Crémer de su propia ciudad, sobre la influencia de una pluma que lo mismo alcanza al último barrio como le cuesta tazas de tila a algún excelentísimo o ilustrísimo señor...

A ver los jóvenes estudiosos de la sociología, del periodismo, o a lo mejor de eso que llaman semiótica. O más simplemente: a ver los historiadores. Porque si alguien se pusiera a redactar la Historia de León en los últimos cincuenta años, apenas podría pasar de las primeras páginas sin entrar en la historia de su cronista mayor, en el homenaje -explícito o callado- a Victoriano Crémer Alonso. O sea, que aunque ese alguien no se lo propusiera, estaría «hablando de Crémer».

Antonio PEREIRA